

LEONARDO MARTÍNEZ CARRIZALES. *El recurso de la tradición. Jaime Torres Bodet ante Rubén Darío y el modernismo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 2006.

La disputa entre la modernidad y la tradición es el tema del estudio que el doctor Leonardo Martínez Carrizales nos presenta. El académico documentó y analizó los últimos ocho años de la vida y de la obra del poeta Jaime Torres Bodet, quien fuera secretario de Educación Pública y director de la UNESCO. El trabajo del investigador está sustentado en una ardua labor en el archivo Jaime Torres Bodet y en una fina lectura de los hechos culturales del México de los años sesenta.

Una crítica orgánica, razonada, inteligente y coherente de la vida cultural mexicana de los años sesenta es la que hace Martínez Carrizales en su obra. El autor nos recuerda que la publicación de un libro literario no es un hecho inocente: tiene connotaciones sociales, estéticas que, por supuesto, pueden ser estudiadas desde la perspectiva de la disputa por el poder cultural dentro de las capillas literarias.

El recurso de la tradición... nos ofrece una lectura social de la última época de la vida de Jaime Torres Bodet y lo que implicó en el ámbito nacional su testamento literario, la biografía *Rubén Darío. Abismo y cima* (1966). El entramado que se estudia en el libro es el quiebre generacional de los intelectuales en los años sesenta. Martínez Carrizales nos demuestra que el Torres Bodet de los años sesenta, específicamente, de 1968, pertenecía a una época en que la relación entre el poder y el escritor nacía de lo que el estudioso define como “republicanismo autoritario”, que privó durante los primeros gobiernos revolucionarios. El autor parte de esta hipótesis:

A muy pocos se les ha ocurrido considerar seriamente a Torres Bodet como un hombre perteneciente a un tiempo histórico y a un espacio social organizado de acuerdo con principios que ya no son los nuestros, a pesar de nuestra cercanía cronológica con la última etapa de su vida [...] un tiempo y un espacio sustancialmente ajenos a nosotros (65).

Hombre de su tiempo, Torres Bodet estaba históricamente imposibilitado para asimilar los cambios literarios, éticos, estéticos y sociales de los años sesenta. La objetividad y seriedad de Martínez Carrizales lo hacen reconocer los méritos de un autor formado a la sombra de los caudillos culturales de la revolución mexicana. Pero lo más sobresaliente de esta obra es la manera en

que se argumenta el desmoronamiento de la retórica humanística tradicional, discurso que Octavio Paz asoció al pasado autoritarista nacional al calificar al poeta como funcionario premoderno al estilo del ministro de Luis XIV, Jean Baptiste Colbert:

Aunque Torres Bodet fue una personalidad eminente, un escritor y un intelectual (no todos los escritores son intelectuales ni todos los intelectuales son escritores) sería inútil en él esa nota distintiva de la modernidad que es la crítica. Su caso es excepcional, no único. En este sentido, no es moderno: no es un descendiente de Kant, Swift o Voltaire sino de los grandes servidores del Estado absoluto, como Colbert (189).

Por su parte, Martínez Carrizales piensa que lo que murió con Torres Bodet fue una mentalidad centenaria que nació en los albores del republicanismo mexicano, en la que la literatura tenía una misión pedagógica, moralizante y civilizadora. Esta parte de la historia nacional de las ideas la define el autor como la integración de las letras patrias a la "Poética Occidental", que a decir del académico es parte de un paradigma humanístico que tuvo un gran significado simbólico en la formación del pensamiento liberal. La ruptura de este paradigma estuvo cifrada en los cambios históricos y políticos del siglo XX, sobre todo en la crítica al poder, actitud impensable en los postulados intelectuales de Torres Bodet.

Si bien los años cuarenta fueron los de consagración de Torres Bodet como diplomático y ministro de Educación, el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz lo elevó oficialmente como el educador, el embajador y el poeta del régimen. Prueba de ello es que le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura de 1966 como recompensa a sus servicios en la función pública, no tanto por su obra misma. Su formación como hombre de letras y como diplomático lo acercó al régimen priísta como ningún otro poeta de los llamados Contemporáneos lo estuvo. En el pensamiento de Torres Bodet pesaban más los años de estudiante de la Preparatoria Nacional, los trabajos y los días al lado de José Vasconcelos en la Universidad Nacional y su gestión en la Secretaría de Educación Pública. A fin de cuentas fue un hombre formado durante el régimen de la revolución hecha gobierno, como lo fueron los siete sabios, Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog.

Leonardo Martínez Carrizales no olvida que detrás de los gustos literarios del hombre de letras hay una forma declarada de entender el mundo, y en el caso de Torres Bodet, una legitimación de la relación entre el presidencialismo absolutista del Partido Revolucionario Institucional y los intelectuales. Así lo demuestran los discursos sobre política cultural que pronunció el poeta, en los que no se cansa de subrayar el pacto que hay entre gobierno y los privilegiados hombres de letras.

En los vericuetos de los archivos, Martínez Carrizales encontró documentos significativos en legajos sobre educación y sobre la idea de Jaime Torres Bodet de las vanguardias literarias, documentos que nos abren un amplio panorama acerca de algunas cuestiones de la historia de las ideas en la segunda mitad del siglo XX y sobre el proceso de ruptura con la tradición humanística decimonónica, que se refleja en la actitud de rechazo de las novedades poéticas de las vanguardias. Torres Bodet, ajeno a cualquier tipo de poesía experimental, opinaba que:

Con los años, la sensibilidad del lector riguroso —ávido de sorpresas— se ha embotado ante aciertos de tal calidad [se refiere al acierto de la observación directa en las imágenes de González Martínez], extraordinarios precisamente por invisibles. Se ha llegado a exigir la sorpresa, por la sorpresa misma. Quieren muchos de los autores famosos de nuestros días que el lenguaje gobierne al hombre y no el hombre al lenguaje del que se sirve. De instrumento, el idioma ha pasado a ser hipnótico dictador. Y no son desdeñables, en algunos casos, las aventuras que logran varios ingenios bajo el efecto de aquella hipnosis, pródiga en sortilegios. La impaciencia, la prisa, el automatismo, leyes de nuestro tiempo, parecen incompatibles con la técnica lenta y lógica que normaba la expresión literaria, en la prosa tanto como en el verso (nota 31, 164).

Estas líneas nos hacen pensar qué tanto el grupo de los Contemporáneos no fue un verdadero grupo de avanzada, una vanguardia en el sentido amplio de la palabra, sino unos poetas que prefirieron el regreso a las fuentes barrocas de la tradición hispánica, con visos más bien conservadores que revolucionarios.

La acusación y juicio de Paz contra el conservadurismo de Torres Bodet, que es apenas del año 1992, parece ser lapidaria y nos recuerda que la división entre los intelectuales de los años sesenta se dio entre los que siguieron a favor del gobierno monolítico y los que apostaban por una democracia moderna. Paz optó no sólo por la modernidad expresada en la crítica como elemento primordial sino en una nueva retórica, que se refleja en su interpretación del modernismo esotérico de Rubén Darío. En cambio, para Jaime Torres Bodet la poesía contemporánea era una prolongación retórica del modernismo, ponderado en un modernismo reposado y filosófico a la manera de Enrique González Martínez. La poesía vanguardista no cabía en los gustos del licenciado Torres Bodet, como tampoco cabía un intelectual renovador al estilo del entonces joven novelista José Agustín o un escritor con una clara militancia política como José Revueltas. Al Torres Bodet educado en los gustos de finales del porfiriato le costaba aceptar el cambio de los tiempos y sus repercusiones, no sólo en los autores sino en los lectores mismos.

Martínez Carrizales termina su estudio con un contrapunto entre Torres Bodet y Octavio Paz, contrapunto que es la expresión literaria del cambio

generacional de los años sesenta, y representa el triunfo del nuevo patriarca de las letras, que supo sacar la mayor plusvalía simbólica de la modernidad del siglo xx. Al cotejar los estudios de los dos poetas sobre Rubén Darío, encontramos que Torres Bodet recurría a la postura de mantenerse fiel al legado de la tradición intelectual de la Ilustración, en donde la literatura persigue un propósito moralizante y “civilizador”. En cambio Paz, el líder de la nueva camada de intelectuales, abordó la vida del poeta nicaragüense desde la ruta del irracionalismo poético, que fue una aportación novedosa en la crítica literaria latinoamericana. En las interpretaciones sobre la obra de un poeta del modernismo estuvieron cifradas la ruptura entre la tradición humanística continuadora del Ateneo de la Juventud y la vanguardia de la generación de medio siglo liderada por Octavio Paz.

JOSÉ EDUARDO SERRATO CÓRDOVA
Centro de Estudios Literarios
Universidad Nacional Autónoma de México